

ria del reinado de Luis XIII, pasando á ser el historiador de una época de que solo se habia propuesto ser archivero. Solo el Padre Isaac Berruyer imprimió un lunar en este hermoso conjunto. Su *Historia del pueblo de Dios* fue efectivamente un concepto feliz; porque, dejando á un lado algunos errores que su Compañía, la Sorbona y la Santa Sede condenaron, que retractó su autor, y que desaparecieron en otras nuevas ediciones, pecaba esta obra por mas de un concepto. Contrastan en ella de un modo tan extraño la superabundancia poética y los excesos de imaginacion con el laconismo y precision de la Biblia, que el ingenio sucesivamente brillante y fácil de Berruyer sucumbió en la lucha.

Y no son estos trabajos históricos los únicos que produjera la Sociedad: réstanla todavía otros escritores con que aumentar este número. Acosta, Maimbourg, natural de Hungría, Jorge Frayel, el catalan Masdeu, el mejicano Clavígero, analistas de su patria; Bouhours, Boleslao, Balbin, Duchesne, de Mailla, Dobrizhoffer, Conti, Trigault, Intorcetta, Doucin, Magalhães, Lecompte, los dos Lafitau, Tournemine, Melchor Inchoffer, Haiden, Pilgram, Gerard, Villotte y Labbe, han prestado cada uno en la esfera de sus ideas servicios útiles al estudio de los hechos. Así el P. Alejandro Witheim, por medio de las investigaciones sobre los Dípticos ¹ de Lieja y Bourges, obligaba á los literatos á que se ocupasen mas seriamente de los restos de la antigüedad cristiana; y el P. Lupi reconstruia el epigráfico, publicando su opúsculo sobre el *Epitaphium Severae martyris*. En el momento en que todos estos Jesuitas parecen dividirse el campo todavía mal desmontado de la historia, emprenden otros individuos del mismo Instituto una obra de paciente investigacion, que debe iluminar los tiempos mas remotos del cristianismo.

A principios del siglo XVII, se hallaba en Utrecht un Jesuita llamado Heriberto Rosweyde, quien, sabiendo que las tradiciones eclesiásticas se veian desfiguradas por medio de relatos inautorizados, y que, pertrechado en estas fábulas, acusaba el protestantismo á la Iglesia de error y de falsedad, concibe el vasto designio de derribar árbol por árbol todo este bosque encantado de la leyenda, tan grata á nuestros antepasados, elevando so-

¹ Llámense Dípticos unos registros en que conservaban entre los antiguos los nombres de los cónsules, magistrados y generales; uso que tambien se habia conservado en los primeros tiempos de la Iglesia.

bre sus restos una coleccion de vidas de todos los Santos, mes por mes y dia por dia. Sin otro apoyo que el de su voluntad, prepara su plan, y va á ponerle en ejecucion, cuando se ve asaltado por la muerte en 5 de octubre de 1629. Esta idea, cuyo origen se remonta hasta el P. Canisio, habia sonreido á Belarmino y á los jefes de la Orden. Encargado Juan Bolland de continuar los trabajos empezados por Rosweyde, publicó en Amberes, sobre el año de 1643, los dos primeros volúmenes de las *Acta Sanctorum*. Pero, por grande que fuese la instruccion de este Padre, no bastando la mano de uno solo para reunir y compulsar tantos materiales, y siendo indispensable una generacion de agiógrafos sin cesar renacientes, y tan perseverantes como él para llevar á cabo esta empresa, no tardó la Compañía de Jesús en suministrarlos en los PP. Godofredo Henschen y Daniel Papebroeck. Estos tres hombres dotados de una vasta erudicion, que dieron origen á la reunion de sabios denominada de los *Bolandistas*, pertenecen todos al Instituto de san Ignacio, y son incalculables los prodigios que llevaron á cabo. Sucediéronse con rapidez los tomos de las *Acta Sanctorum*, sin que la muerte de los fundadores obstase en nada á la realizacion de sus promesas, puesto que en los PP. Janning, Baert, Pinius, Cuper, Bosch, Stilling, Suyck, Perier, Stiek, Soller, Limpenus de Bye, Ghesquiere y Hobens encontraron unos legitimos herederos de su ciencia. « Tales fueron, dice « Garchard; archivero del reino de Bélgica ¹, en su memoria sobre los *Bolandistas*, el orden y la economía que presidieron á la « sociedad holandiana, que sin mas recursos que el producto « de la venta de sus obras, la pension pagada por la corte imperial, y las liberalidades del P. Papebroeck y algunas otras pensiones, entre las cuales deben contarse los obispos de Smet y « Gard, y Van-Susteren de Brujas, habian llegado los Jesuitas « agiógrafos, en la época de la extincion de su Orden, á reunir « un capital de 136,000 florines, el cual puesto á interés les dejaba un rédito anual de 9,133 florines, rédito que aumentaba el « despacho de las *Acta Sanctorum*, en un año comun, hasta la suma de 2,400 florines ». « Con la extincion de su Orden, añade « el archivero belga, todos sus capitales y propiedades fueron « entregados al fisco real. »

¹ Memoria sobre los *Bolandistas* y sus trabajos, leida en la Comision real de historia el 3 de abril de 1835.

Esta asociación de Jesuitas, en el seno mismo de la Compañía, se extendía por todo el universo. Correspondiéndose los agiógrafos de las provincias belgas con los agiógrafos y eruditos del Instituto, diseminados por todo el globo, todos y cada uno de ellos remitían á los Bolandistas el fruto de sus investigaciones; y de este modo les fue posible continuar ese repertorio tan necesario á la Iglesia y á los anales del mundo. Pero no bastó á los Jesuitas el haber creado una *Enciclopedia cristiana*, que ha merecido más de una vez los elogios de Leibnitz, sino que además concibieron la idea y el arte de reconocer los documentos antiguos, y ellos fueron también, dicen las *Memorias de Guetinga*¹, los que presentaron la diplomática bajo el aspecto de ciencia.

Y para acelerar los progresos de la historia, hubo algunos Jesuitas que se consagraron á estudios menos ruidosos, pero no menos útiles. Entregáronse unos á la numismática, como los PP. Lachaise, Chamillard, Weilhamer, Chifflet, Pablo Javier, Lempereur, Souciet, Froelich, Khell, Bonanni, Oderic, Benedetti y Eckel, el legislador de la ciencia de las medallas; mientras otros, como los PP. de Campian, Jacobo Malebranche, Taffin, Petau, Briet, Teófilo Raynaldo y Calini se abismaron en el estudio de la cronología y de las antigüedades. Restablecieron algunos la geografía antigua á fuerza de compararla con la moderna; y aun no se han olvidado los nombres de los PP. Marquette, Villotte, Sicard y Brevedent: viéndose también algunos otros que, en un doble interés religioso y terreno, marchaban todavía en el último siglo en pos de Cornelio Alápide y demás hebraizantes que produjera la Compañía. Mayr, discípulo de Belarmino, trabajaba de concierto con Giraudeau y Haselbauer en el estudio de la lengua primitiva, cual si quisiesen no dejar sin cultivo parte alguna de la herencia que les legaran sus antepasados en la Orden.

Doquier se encontraba un caos, así en la historia mutilada de los concilios como en la de los pueblos; pero también se vieron surgir Jesuitas por todas partes que se lanzaban á desembrollarle. Persiguiendo al error bajo todas sus formas, y eliminándole de los sínodos, de las leyendas, de las medallas y cronología; mientras que haciéndose otros juriconsultos le descubrían hasta en el derecho canónico, llegaron á fuerza de desvelos á reconstituir el derecho eclesiástico y las decretales. Los PP. Pablo Layman,

¹ Gattezer, *Memorias de Guetinga*.

Pedro Alagona, Benito de Saxo y Fernando Hersbestein suministraron la clave á los Jesuitas Enrique Pirhing, Cristobal Schorrer, Francisco Bardi, Juan Riccioli, Pablo Leon y Federico Spée¹, quienes, en muchas obras apreciadas aun de los canonistas, descorrieron el velo de las antigüedades, é ilustraron á las naciones sobre sus derechos. Mas adelante, en el siglo XVIII, como si los Jesuitas de todos los países estuviesen obligados á verificar sucesivamente el elogio que de ellos hacia Lobineau, continuaron con el ardor de los primeros días la tarea comenzada. «No hay Orden alguna en la Iglesia, dice el célebre Benedictino², que haya producido ó suministrado más escritores en todo género de literatura; solamente sus casas de Paris han lanzado á la palestra literaria un gran número de teólogos, filósofos, historiadores, poetas, gramáticos, etc.»

Érales indispensable hacerse dignos de los encomios de un rival semejante; y por lo tanto no tardaron los PP. Matías Lineck, Ignacio Schwartz, Horacio Stephanucci, Weith, Pichler y Javier Zech en poner manos á la obra. El campo era vasto, pero su erudición supo coger en él abundantes mieses. Lineck compuso su tratado de *Legibus*; Schwartz, sus *Institutiones juris universalis naturae et gentium* y sus *Collegia*, obras que parecen haberles sido inspiradas por el genio de la historia; Stephanucci, el amigo y director espiritual de los cardenales Albani y Yorck, último de los Estuarts, publicó sus *Dissertationes canonicae*, y escribió su *Synodus Tusculana* en el mismo sitio donde había dictado sus *Tusculanas* el orador romano; y evocando en distintos parajes la jurisprudencia otros nuevos Jesuitas que se dedicasen á explicar sus arcanos, los PP. Juan Láscaris, Domingo Murriel, José de Alberg, Adan Hurt, Fernando Krimer, Jacobo Weistner, Francisco Schmalz Grueber, Schmidt, Weinter y Francisco de Sales Widman se ocuparon en componer obras, que como el *Apparatus eruditionis ad Jurisprudentiam* del P. José Biner, hicieron dar un paso gigantesco á la ciencia del derecho. No cabe duda que en todos estos in-folios, que tantas investigaciones costaron á sus autores, se echan de ver algunos vacíos, algunas digresio-

¹ Hablando Leibnitz de este Jesuita en la primera parte de su Teodicea, dice: «Es un hombre excelente, cuya memoria debe ser preciosa á los Papas y á los literatos.»

² *Historia de la ciudad de Paris*, lib. XXI, núm. 85, tomo II.

nes, y una crítica, en fin, cuyas proposiciones todas no se hallan plenamente justificadas; pero tal es el destino reservado á los hombres que conducen la luz á las tinieblas que los circuyen: los Jesuitas no se sustrajeron á esta ley común, que alcanzó á los mismos Benedictinos de san Mauro. Ellos desbastaban y cortaban las piedras del edificio que otros debían tener el honor de levantar: contentándose con trabajar hasta la muerte en su amada soledad, y no exigiendo en premio de sus afanes la mas insignificante auréola de las glorias humanas, obtuvieron, como operarios infatigables, mucho mas de lo que ambicionaban. Sus investigaciones y el modo habitualmente luminoso con que las presentaban ofrecieron un nuevo campo á la sagaz avidez de los eruditos, que, apoderándose de sus sistemas, de sus innovaciones y de su plan, no solamente lo dispusieron todo en un orden mas metódico, sino que, una vez terminado el monumento, hasta olvidaron el nombre de los que habían sentado su base.

Empero la Sociedad de Jesús, que como todos los verdaderos sabios, se inquietaba muy poco de que hiciesen ó no remontar á su origen la gloria de una idea, con tal que esta triunfase, no solo no denunciaba á sus plagiarios, sino que marchaba con ellos, y los aceptaba como instrumentos, porque su mision se reducía ante todas cosas á ilustrar. Los jurisconsultos de la Compañía fueron explotados lo mismo que sus historiadores y lexicógrafos, sin que aquella profiriese la menor queja: veíase destinada á emitir ideas, y no á recoger elogios; y no quiso separarse de su objeto. Encerraba en su seno valerosos soldados, y á veces hábiles capitanes empeñados en el campo de la ciencia, y producía otros escritores. Los estudios profanos no son para ellos una ocupacion esencial, sino mas bien un plan secundario; y aun para ser cultivados es preciso que presenten un medio terrestre de obtener un fin cristiano. En este número se hallaban las matemáticas, que los Jesuitas encontraron poco ó mal enseñadas.

Hallábase á la sazón como ahogado el genio de las ciencias exactas, ya porque la teología conservaba aun el cetro en las universidades, como porque las artes, la guerra y la industria no las miraban como guías indispensables. Es verdad que aun cuando no se hubiesen ofrecido los Jesuitas á trillarlas un camino, sin duda se hubiera este abierto; pero sea como fuere, solamente ellos se le facilitaron á su siglo, le ensancharon y extendieron sus li-

mites; y por elevado que sea el grado de perfeccion á que las han conducido, es necesario no ser ingratos hasta olvidar su origen y los nombres de los sugetos que las comunicaron su impulso. Entregado con infatigable ardor el P. Cristóbal Clavio al estudio de las matemáticas, que dormían y yacían como aletargadas en las tinieblas, después de traducir y comentar á Euclides, pasó á ser el oráculo de sus contemporáneos. Revelóles la esfera de Teodosio, la de Juan Sacrobosco y el astrolabio, enseñóles la gnomónica y la composición de los instrumentos. El P. Clavio es una de esas glorias ignoradas, que han hecho caer en desuso los progresos mismos del arte, pero que no debe perder el premio de sus trabajos. Este Jesuita, reformador del calendario, formó en Mateo Ricci, Gregorio de San Vicente, Carlos Malapert y Mario Boltino unos discípulos que continuaron sus doctrinas, y las propagaron en Europa y en el Celeste imperio. Los PP. de La Faille y Pablo Guldin designaron el centro de gravedad de las diferentes partes del círculo y de las elipses. Guldin, nacido en Saint-Gall en 1577, y oriundo de padres herejes, ingresó en la Compañía en clase de coadjutor temporal; pero visto por esta que, sin educación primaria poseía este jóven el instinto de la geometría, trató la Compañía de desarrollar en él este instinto, y bien pronto poniéndose en contacto intelectual con Kepler, se halló en estado de resolver sus mas difíciles problemas, y de hacer la aplicación del centro de gravedad á la medida de las figuras producidas por circunvalacion. Igual honor cupo en Francia al P. Lallovere respecto de Pascal; «quien habiendo hallado, dice Leibnitz, en esta «misma época algunos teoremas profundos sobre la ciclóide, y «habiéndolos propuesto en forma de problemas, Mr. Wallis en «Inglaterra, y el P. Lallovere en Francia, lograron resolverlos.»

Otro Jesuita, discípulo del P. Clavio, el P. Gregorio de San Vicente, nacido en Brujas en 1584, viene á ofuscar con la extensión de sus conocimientos matemáticos á todos los que le han precedido. Favorito del emperador Fernando II y de Felipe IV de España, y maestro de D. Juan de Austria, «ha insertado, dice Andrés¹, en sus obras un inconcebible número de verdades nuevas, de vastas indagaciones, de principios fecundos, de métodos generales y de conocimientos profundos.» Este Jesuita, tan conocido por sus *Theoremata mathematica*, como por su *Opus geo-*

¹ Andrés, tomo IV, pág. 161.

metricum quadraturae circuli, que forma, segun Leibnitz, con Descartes y Fermat, el triunvirato de la geometría, y que habia llegado á proponerse una cuestión insoluble; siguiendo en esto el ejemplo de todos los literatos, llegó á interesarse por ella por lo mismo que ofrecia dificultades. Sarassa y Anyscom, sus discipulos, defienden su teoría de la cuadratura del círculo, que combate otro Jesuita, el P. Vicente Leotand, en sus obras. Los Padres Nicolás y Jacobo Kresa el Moravo analizan los principios de la trigonometría, en tanto que Tomás Ceba, Lorenzo y Federico Sanvitali lanzan nuevas y extensas luces sobre la geometría.

Pero todas estas grandezas se eclipsan ante un nombre que la posteridad distingue todavía. El P. Vicente Riccati, hijo del marqués Santiago de Riccati, cuyo talento se merece aun en nuestros días un profundo respeto, pasó á ser en Italia el creador del álgebra superior; y su tratado sobre el *Cálculo integral* no ha podido ser sobrepujado hasta el día. Riccati es siempre claro y exacto. Cuando inventa nuevos métodos ó teoremas, esos métodos y esos teoremas encuentran al momento su aplicacion. Pero si Riccati habia dado la señal de alarma en todos los puntos de Europa, la Compañía no tardó en contestarle, lanzando á la liza otros matemáticos, tales como Juan Terencio, Pedro Bourdin, Oswaldo Kruger, José Zaragoza, Juan Lantz, Andrés Arzet, Horacio Burrundio, Carlos Pajot, Juan Caraccioli, Antonio Duclos, Luis de Hautecourt, Juan Junglingk, Jorge Merburg, Enrique Niderndoff, Bautista Rigolini, Estanislao Widrai, Francisco Wallinger, Jaime Dumas, maestro de Lalande, de Bossuet y Montucla, el historiador de las matemáticas.

Si Galileo, discipulo de los Jesuitas, habia visto á la corte de Roma dudar de la realidad de sus descubrimientos; si el sabio habia sido acusado por sus sistemas, dos Jesuitas italianos, Riccioli y Grimaldi, confirman por medio de experimentos imposibles de refutar la verdad de sus teorías. Astrónomos, físicos y geómetras, estudian la caída de los cuerpos; y mientras que el primero abraza en una obra, fruto de su vasta erudicion, la astronomía antigua y moderna trazando las reglas de la hidrografía, y descubre y nombra las manchas de la luna; el segundo, de acuerdo con él, aumentaba con quinientas cinco estrellas el catálogo de las designadas por Kepler. Entregado en su soledad á serios y profundos estudios acerca de la difraccion de la luz y so-

bre los colores, publica su tratado *De lumine et coloribus iridis*, que suministrará á Newton los principios fundamentales de su óptica. El P. Grimaldi es el primero en combatir su hipótesis de la emission, y el primero tambien que allanó á los físicos el camino del sistema de las ondulaciones, que segun Pineau¹, ha causado una revolucion en la teoría de la luz.

El P. Gaston Pardies, corresponsal y amigo de Newton, falleció todavía jóven á consecuencia de una enfermedad contagiosa que su caridad le hizo contraer en las jaulas de Bicetre², arrebatando esta muerte á las ciencias un apasionado suyo; pero con todo ha sobrevivido en sus *Elementos de geometría*. Pero lo que principalmente ha comunicado á su nombre una verdadera gloria, es que ha osado aplicar los métodos modernos de la geometría sublime y de la mecánica á la maniobra, y al modo de conducir los buques. Es verdad que los progresos del arte han obligado á renunciar á este método; mas por grandes que puedan ser estos progresos, seria una injusticia olvidar al hombre, que, determinando la driva de un navío por las leyes de la mecánica, contribuyó poderosamente á trillar nuevos caminos á la ciencia de la navegacion. El P. La Hoste, profesor de matemáticas de la escuela real de Tolon, y por decirlo así, hermano de mar de los almirantes de Estrées y Tourville, aprovechó su experiencia con el objeto de popularizar el arte de navegar. Sus *Tratados de la construccion de navíos y de las evoluciones navales*, y su *Compendio de las matemáticas mas necesarias á un oficial*, son obras que durante el espacio de un siglo sirvieron para formar los marinos de Francia, Inglaterra y Holanda. Los PP. Fournier y Deschales trabajaron tambien por demostrar los principios de la hidrografía y la náutica, mientras que consagrando el P. Jacobo Chatellard treinta y tres años de su vida á la instruccion de los jóvenes guardias de la marina real, compuso en beneficio suyo una *Recopilacion de los tratados de matemáticas*; enseñando otros varios Jesuitas la teoría y práctica del mar, en tanto que Carlos Borgo, otro de sus colegas, explicaba el *Arte de fortificacion y defensa de las plazas*.

Nicolás Zuchi, predicador del sacro Palacio, era un orador elocuente y un ilustrado matemático. Con sus observaciones astronómicas, y sus disertaciones sobre el vacío y las perfeccio-

¹ *Física elemental*, por Pineau.

² Cárcel y casa de dementes, en Paris.

nes que dió al telescopio, se ha granjeado una celebridad, que después aumentó Cassini. Habíase conquistado este Jesuita tal nombradía, que muchos literatos le atribuyen aun la invencion de los telescopios catóptricos; si bien otros, y son los mas, conceden esta gloria al inglés Gregory. Y no es este por cierto el único Jesuita que se ha distinguido en las ciencias físico-matemáticas. Adan Tanner, Scott, Scheiner, Keri, Maugold, Kilian, Gonfalonieri, Lechi, Renault y Antonio Rivoire, no se mostraron indignos de la herencia de los Zuchi y Kircher. Todos ellos llevaron su piedra al edificio que erigia la ciencia; porque ya en 1622 el P. Scheemberger descubria en su *Demonstratio et constructio novorum horlogiorum* los cuadrantes solares de refraccion, y el P. Eusebio Nieremberg hacia nuevos descubrimientos en el estudio de la historia de los animales.

Era necesario arrancar á la naturaleza todos sus secretos; y para conseguirlo se presentaron los PP. Gaspar Schott, Fabri, Lana, Gabeo, Gusmao, Boscovich y Kircher. Atanasio Kircher ó Kirker, es el sabio universal. Todo lo ha tocado, todo lo ha profundizado: las ciencias exactas, la física, las matemáticas, los jeroglíficos, la historia, la música, las antigüedades, todo le pertenece, todo ha sido de su dominio. Si en cada uno de los ramos de la literatura le vemos esparcir una luz tan brillante como inesperada, vémosle tambien abrazar un espacio, cuyos límites ni aun puede concebir la imaginacion, y le observamos desempeñando siempre su cometido. Kirker no es solamente un especulativo, que desde el fondo de su laboratorio coordina los problemas; sino que teniendo necesidad de explicar las causas y efectos de las erupciones del Vesubio, en el mismo instante se hace bajar al cráter del volcan. Busca un punto de unidad en las naciones: al momento improvisa la escritura universal, y da la solucion de su teoría en latin, italiano, francés, español y aleman. El vocabulario creado por él, y que se compone de mil y setecientas voces, expresa por medio de signos convenidos las formas variables de los nombres y verbos: siendo su estenografía, no solo mas ingeniosa que la de Juan Tritemio, sino la que ha servido de basa al *Manual para interpretar la correspondencia*. Se hizo tan famoso este Jesuita, que los reyes y aun los príncipes protestantes tenían á grande honor el proporcionarle las sumas necesarias para sus experimentos: todos ellos le remiten á Roma las rarezas

antiguas, ó productos raros de la naturaleza que pueden haber á las manos; y el Jesuita se corresponde con ellos y con los grandes ingenios de Europa. En medio de tantos trabajos, todavia puede cercenar al sueño algunas horas para componer treinta y dos volúmenes. Kircher se ha extraviado algunas veces sosteniendo errores que le eran propios, y otros que habia adoptado su siglo; pero los que explotaron sus teorías, los literatos modernos, que á mas de haberse apropiado lo que llaman sus descubrimientos ó los materiales de sus sistemas, han procurado oscurecer su nombradía, pues ignoran esta sentencia de Plinio: «Propio es de «la probidad y del honor el tributar una especie de homenaje á «los sugetos de quienes se ha recibido alguna luz ó algun conocimiento; así como es prueba de una extremada ruindad de ánimo el preferir ser sorprendido en el latrocinio, que confesar ingenuamente su deuda.»

Gaspar Schott no pensó jamás en profundizar tanto como su colega Kircher, sino que buscó resultados que divirtiesen y que pudiesen entretener los ocios del mundo, demostrando en su *Fisica curiosa* y en sus *Mirabilia naturae et artis* el origen de las escrituras ocultas, el de la palingenesia de las plantas, el de marchar sobre las aguas, el de las cabezas encantadas ó autómatas parlantes, las primeras nociones sobre la máquina neumática y la instruccion de los sordo-mudos. Hubiérase creído que nada debia ser ajeno á los Jesuitas, y que habian sido llamados á producir la mayor parte de los prodigios con que se enriquecieron los siglos sucesivos. El P. Bartolomé de Gusmao, residente en el Brasil, se hallaba dotado de un genio penetrante, una imaginacion atrevida, y una extremada aficion á estudiar la naturaleza de las cosas. Paseábase un dia, y repara en cierto cuerpo ligero, esférico y cóncavo, quizás alguna cáscara de huevo ó una corteza seca de limon, que elevándose poco á poco iba flotando por el aire. Sorprendido al observar este fenómeno, trata de averiguar su explicacion, y aun hace ensayos para ver si podrá repetirlo. Conociendo, empero, que no podrá conseguirlo sino á favor de un cuerpo que con el menor peso posible presente á la atmósfera la mayor superficie, combina varios medios, y llega por fin á fabricar el primer globo aerostático. Consistia en una esfera de tela que realizó completamente su idea. Conociendo los grandes resultados que puede dar su descubrimiento, parte al momento